

# Divergencias políticas entre Bolívar y Santander<sup>1</sup>

LAUREANO GARCIA ORTIZ\*

---

Nunca he pretendido, y jamás pretenderé, en modestos y desinteresados estudios sobre la vida y la persona del general Santander, agotar materia tan vasta y compleja. Apenas si en cinco opacas monografías inmerecidamente afortunadas, sobre el carácter, la influencia, la obra de guerra, la política y los detractores del general Santander, y en varias conversaciones públicas de ocasión, en Colombia y en el extranjero, me he propuesto allegar materiales para una apreciación de conjunto, que ensayaré si la vida me alcanza, del hombre de mayor realización y trascendencia entre los granadinos, como primer cooperador de Bolívar en la obra de la Independencia americana y como organizador y escultor de su propio país.

Mi última tentativa, en tal labor de acumulación de materiales, fue una reciente desorganizada improvisación en día que será memorable en la historia de la formación del alma común de la América Latina, en que por iniciativa del excelentísimo señor Candiotti, ministro argentino, en sobria y significativa festividad, se rindió

---

1. Escrito leído por su autor en la Academia Nacional de Historia, al inaugurar en su claustro el busto del general Santander, el 3 de agosto de 1937.

\* Historiador. Miembro de número de la Academia Colombiana de Historia. Parlamentario. Ministro de Relaciones Exteriores. Autor de "*Conversando*", "*Estudios sobre el general Santander*", tres tomos, "*Estudios Históricos y Fisionomías Colombianas*", dos tomos.

homenaje sucesivo a las estatuas de Bolívar, de Santander y de San Martín. De paso sea dicho que alcanzado en torno de esas tres figuras continentales el espiritual y fraternal acercamiento de las repúblicas bolivarianas con las repúblicas del Plata, y creado un primer núcleo, se facilita así la indispensable y necesaria incorporación, dado el fin primordial del intento, de las gloriosas y excelsas naciones que independizaron O'Higgins, Hidalgo, Martí y los próceres de Centroamérica y de la histórica primogénita hija de Colón, la Isla Española. Y ya llegará el venturoso día en que al alma hispanoparlante de la América se le asocie, en íntima y cordial adhesión, el alma lusitana, también ibérica, del Brasil magnífico.

Me he avergonzado a solas de que en tan solemne ocasión, entre la conceptuosa y elegante oración del maestro Sanín Cano, que bien la dijo al pie de la estatua del Libertador, y la sustanciosa y elocuente del doctor Lozano Torrijos, tan admirablemente pronunciada al pie del monumento del general San Martín, yo hubiera desentonado con tan deshilvanada pieza a la sombra de la efigie del Hombre de las Leyes, pieza todavía más deslucida si cabe por los vívidos y entusiásticos discursos de los tres gallardos oficiales de nuestro ejército.

Al aceptar el generoso encargo de la benemérita Academia Nacional de Historia, de inaugurar en su ilustre claustro el busto del más realizador de los dignatarios de la república, me propongo hacer un esfuerzo de propia rehabilitación, tratando con más espacio, mayor precisión y mejor cuidado, algunos de los puntos tan descabelladamente tocados en aquel mencionado instante.

\* \* \*

Quizá no sea impropio en esta hora investigar el origen de los conceptos políticos de los fundadores de la nacionalidad. Parece averiguado que Camilo Torres y Santander se inspiraron sobre todo en la revolución y en la organización de las colonias inglesas en América. Torres con fuerte aporte de la tradición jurídica española y del espíritu individualista y municipal de los viejos fueros de Castilla y Aragón. Santander atemperado por las necesidades de la guerra y por el realismo de la lucha y del ambiente, que exigía gobierno legalista, pero fuerte y concentrado. Al contrario, Nariño y Bolívar bebieron en las fuentes de la revolución francesa y se abrevaron al principio en la ideología de la *Enciclopedia* y del *Contrato social* de Rousseau, sobre todo el joven Bolívar, bajo la influencia de sus

lecturas y de su mirífico maestro don Simón Rodríguez. Pero así como el sentimentalismo enciclopedista y rusioniano vino a parar en Francia, por oculta lógica, en el jacobinismo interventor y discrecional, así Nariño y Bolívar, por obra de los sucesos o de sus temperamentos, iban encaminando hacia el gobierno personal. Había, pues, entre las dos parejas, Torres y Santander de un lado, y Nariño y Bolívar del otro, divergencias de ideología y de temperamento. En aquéllos había más solidez y consecuencia; en éstos, más inspiración y mayor prestigio personal. Lo que no fue óbice para que Camilo Torres adivinara el genio de Bolívar, confiara en él y le abriera las puertas de su destino glorioso y para que Santander llegara a ser el más decidido, eficaz y prominente de los colaboradores del Libertador, en su período de creación.

Para hablar con algún fundamento, aunque con alguna timidez, del ocaso de Bolívar y de la significación terminal de su obra, es preciso definir el concepto político sobre la organización de las naciones a que lo condujeron su empresa gigantesca, su intensa y larga lucha y su costosísima experiencia de las cosas y los hombres. Para definir bien su concepto político es preciso confrontarlo con los dos conceptos políticos diversos con que vino a tropezar en la parábola fulgurante de su vida: el uno, en el Sur, fue el concepto de San Martín; el otro, en el Norte, fue el concepto de Santander.

Bolívar, en 1822, llevaba a la famosa entrevista con San Martín en Guayaquil, un concepto rusioniano, republicano y democrático, modificado en sentido autoritario, no sólo por su temperamento de dominador, sino también por las necesidades de una lucha incesante de catorce años, contra el adversario y también contra sus propios auxiliares, cooperadores o rivales insurrectos. San Martín era un militar disciplinado, que se había formado en las milicias españolas, frío y metódico, sin fe en la capacidad de estos pueblos incipientes para crear organizaciones de gobierno, fuera de las normas tradicionales monárquicas. A sus tendencias naturales y adquiridas en tal sentido, vino a agregarse la influencia de su inteligente, fascinante y peligroso secretario don Bernardo de Monteagudo.

En el momento de la histórica entrevista, el Perú iba a ser el campo de la lucha final por la Independencia de América. El impulso primordial que venía del Sur, con San Martín a la cabeza, se había gastado en Lima por la insuficiencia de fuerzas para la magnitud de la empresa, por falta de disciplina y homogeneidad en los elementos disponibles, por la repugnancia de la masa popular y de cierta

aristocracia peruana no sólo por la Independencia en sí, sino por la obligada intervención en ella de elementos extranjeros, fueran del Sur o del Norte. El cálculo frío de San Martín le hizo apreciar el problema con suma claridad. Ello lo decidió a abandonarle el campo a su rival prepotente, que disponía de tropas aguerridas, acostumbradas a la victoria y fortalecidas a sus espaldas por una nación flamante, fuertemente organizada en las manos robustas de Santander.

En el conflicto de Guayaquil triunfó, pues, el concepto político bolivariano, y luego los grandes triunfos de Junín y Ayacucho, la creación de Bolivia y la organización de la república independiente del Perú bajo una constitución dictada por el propio Bolívar, marcaron una evolución en su concepto político. Para ese momento, ya Bolívar no tenía fe en la organización genuinamente republicana e igualitaria. Se había puesto de acuerdo con su propia y espontánea naturaleza, que lo había hecho capaz de emprender y llevar a cabo la obra colosal de la Independencia de la América española. Para ese momento, Bolívar sólo veía estabilidad y fuerza en un régimen cesarista democrático, sobre la base de una omnipotente autoridad y de un gran prestigio personal.

Con tales ideas regresó a Colombia, donde tropezó con el concepto genuinamente republicano, legalista y civil de Santander. El concepto de Bolívar era el de Napoleón, el concepto de Santander era el de Washington.

En otra ocasión hube de ensayarme en definir, en su origen y en su significado, las discrepancias políticas entre el Libertador y el Hombre de las Leyes. Hoy tan solo me cumple poner de presente qué mísero concepto ha sido el de quienes han empequeñecido tan histórica y trascendental divergencia, atribuyéndola a móviles ruines de regionalismo, de ambiciones y envidias, de rivalidades y emulaciones! A Bolívar y Santander los separó una diferente manera de considerar el gobierno, en su esencia y en sus prácticas, diferencia antigua como la humanidad y perpetua como la vida de los pueblos, diferencia que separó a Temístocles y a Arístides en el gobierno de Atenas; diferencia que distinguió a dos emperadores romanos César y Marco Aurelio, en la manera de conducir el imperio; diferencia que alejó a Napoleón de Washington en sus propósitos y en sus métodos; diferencia que estableció un contraste irreductible entre Bismarck y Thiers, entre Mussolini y Wilson, entre Hitler y Poincaré.

De un lado quizá lo genial, lo grandioso, lo brillante, pero lo efímero como la vida del hombre, como la verdura de las eras. Del otro lado lo modesto, lo regular, lo asentado, lo perpetuo. Como individuo pasajero puede uno preferir el destino accidentado pero glorioso, Santa Elena y la apoteosis final; pero el pueblo permanente no puede vivir en la fulgurante epopeya napoleónica, pues la condición esencial de su vida colectiva es la actividad regulada en la seguridad, en la confianza y en el equilibrio estable.

\* \* \*

Situémonos por lo pronto en el año de 1825. Santander había quedado en Bogotá, desde 1819, encargado del mando supremo de la Gran Colombia, durante los seis años fundamentales de la creación de la nacionalidad, mientras el Libertador, con los recursos improvisados y levantados por ese gobierno de Bogotá, coronaba en Carabobo la independencia de Venezuela, incorporaba al Ecuador después de Bomboná y Pichincha, independizaba al Perú en Junín y Ayacucho, y creaba a Bolivia.

Hasta ese año de 1825 la correspondencia entre Bolívar y Santander, en perfecto acuerdo, constituye en concepto del ilustre peruano Víctor Andrés Belaúnde, uno de los diálogos más trascendentales entre superhombres de la historia humana. No me será dable, de ese portentoso diálogo, tomar sino pocos apuntes aislados, pero quizá pertinentes en el paso que adelanto.

Veamos el concepto de Bolívar sobre Santander, en los años graves y decisivos, cuando el Libertador jugaba su destino y los destinos de América. Esa alma genial e interesada en no equivocarse en su juicio sobre el más importante de sus cooperadores, no pensaba, como se verá, como piensan todavía ciertos gacetilleros intonsos que exhibiendo su ignorante tontería, esporádicamente le faltan al respeto al general Santander.

Habla Bolívar:

De Arequipa, en carta principiada en 30 de mayo y continuada el 7 de junio de 1825:

“Las seguridades que usted me da de paz y tranquilidad en Colombia es lo más interesante de todas las cartas de usted; porque, sin duda, es un gran consuelo el saber que, en medio de todo, la república se salva

después de tantos naufragios, pero en medio de estas bonanzas encuentro un horrible precipicio.

“Usted me habla de retirarse del servicio público a causa de sus cólicos. No, amigo: usted no debe ni puede retirarse. Usted es el necesario para la marcha de la república. Usted debe morir en el tribunal, como mi destino es morir en el campo de batalla. Sin usted ¡qué sería de Colombia, qué sería de nuestro ejército y qué sería de mi gloria! Diré a usted francamente que si yo no hubiera tenido a usted para defender con sus talentos y con su energía mi obra, ya habría sido arruinada. Y creo más, sin usted y conmigo no se hubiera perfeccionado bien. Yo no soy administrador y además soy poco sedentario para sufrir el bufete. Por lo mismo yo hubiera destruido la obra de mis compañeros de armas por falta del carácter de usted y de su capacidad para manejar los negocios públicos. Así repito: usted es el hombre ‘necesario’ de Colombia”!

Y más adelante:

“Estando en esto he leído *El Colombiano* de Caracas, de 19 de enero, que habla de los candidatos para la presidencia, y me ha llenado de indignación al ver la ingratitud con que le pagan a usted esos señores después que ha hecho usted el milagro de plantar leyes en un país de esclavos y establecer la libertad en medio de la guerra, la revolución y las cadenas; veremos si otro lo hace lo mismo. Por mi parte, estoy bien resuelto: primero, a no admitir la presidencia de ningún modo; pero infinitamente menos si nombran a otro vicepresidente; porque yo sé muy bien que por mucha capacidad, talentos y virtudes que tenga otro ciudadano, lo que es, es, y lo que no es, no es. Quiero decir: usted es un excelente vicepresidente y todavía no conozco otro más que a usted; por consiguiente, por mucho que yo quiera a Briceño, como usted sabe que lo idolatro, no quiero meterme a conocer en el Orinoco nuevos nadadores que me salven, cuando usted ha nadado tan bien que me ha sacado de sus olas. Esa gente quiere perderse a vista de ojo, como dicen. Buen provecho si así les sucediese. Por mi parte he cumplido todo lo que he podido, y si no quieren continuar bien, me lavaré las manos. Mi resolución está bien tomada y crea usted que no variaré. Tengo la esperanza de que en la Nueva Granada le harán a usted justicia, a menos que los envidiosos se multipliquen también por allá”.

De Arequipa (nota oficial), 8 de junio de 1825:

“Yo me congratulo a mí mismo, a mi Patria y a vuestra excelencia por el término de una empresa que colma de bendiciones al pueblo,

de laureles a los soldados y de gloria al gobierno que ha sido el arquitecto de esta prodigiosa creación. El ejército en el campo y vuestra excelencia en la administración, son los autores de la existencia y de la libertad de Colombia. El primero ha dado la vida al suelo de sus padres y de sus hijos; y vuestra excelencia la libertad, porque ha hecho regir las leyes en medio del ruido de las armas y de las cadenas. Vuestra excelencia ha resuelto el más sublime problema de la política: si un pueblo esclavo puede ser libre. Vuestra excelencia, pues, merece la gratitud de Colombia y del género humano. Acepte vuestra excelencia la mía como soldado y ciudadano”.

De La Paz, 8 de septiembre de 1825:

“... También he visto que los departamentos del sur piensan en usted para vicepresidente. Si usted no sale reelecto no me encargo de la presidencia, porque no quiero que otro me pierda. Usted y Sucre son los hombres de Colombia para el mando supremo”.

De Potosí, 21 de octubre de 1825:

“Yo deseo francamente recibir los sufragios de mis conciudadanos, pero más deseo aun salir de la presidencia para quedar libre de hacer lo que me convenga, sin tener que dar cuenta a nadie, pero a condición de que sea usted el presidente y no Montilla, ni aun el mismo Briceño. Tampoco deseo que lo sea Sucre, que después de usted es el primero de los hombres, aunque todavía no tiene conocimientos de administración, ni de negocios diplomáticos. Usted debe dar consistencia a Colombia y Sucre fundar a Bolivia”.

De la Magdalena, 20 de marzo de 1826:

“He recibido dos cartas de usted, todas del 6 de enero, que he visto con infinita satisfacción porque en ellas me promete aceptar la vicepresidencia si el Congreso lo nombra, cumpliendo con el voto nacional. Esto es todo lo que yo esperaba con deseo, con ansia e impaciencia. Doy a usted las gracias por esta promesa salutífera para Colombia. ¡Qué mensaje! Esto es bueno, esto es bello, esto es grande, como dice el abate De Pradt. Usted reúne en él la sequedad diplomática y oficial con las cosas útiles y las palabras hermosas. Me parece el mejor de todos los que ha dado la América, inclusive el mío del año pasado, porque éste es más propio que el mío”.

De la Magdalena, 23 de mayo de 1826:

“Digo, además, que mi negativa (a aceptar la presidencia) no puede producir ningún mal público porque usted ha dirigido la Nación en el último período, temible a la verdad, con acierto y con fortuna, que usted ha colmado las esperanzas de la patria, y que sería preciso ser muy obcecado para no rendir a usted el tributo de aprobación que le debe toda Colombia”.

De la Magdalena (nota oficial), 4 de junio de 1826:

“Con sumo gozo he recibido el honroso pliego en que me comunicáis vuestra reelección. La sabiduría de Colombia ha colocado a su patria por este acierto fuera de las convulsiones internas. Al continuaros en el mando de la nación he querido que la llevéis por la senda de las leyes, a obtener el complemento de la felicidad y de la gloria que le han dado vuestra administración y los legisladores.

\* \* \*

Mas en tal momento culminante de nuestra historia y de la vida de Bolívar, un fatal concurso de circunstancias desvió la marcha de los acontecimientos.

En ese instante, sin miraje y sin espejismo, Bolívar sentíase, y en realidad lo era, árbitro de la América del Sur. Reelegido Presidente de la Gran Colombia y siendo presidente vitalicio del Perú en ejercicio; Bolivia, su hija, le pedía una constitución; la República Argentina demandaba su presencia en Buenos Aires para dirimir por la paz o por la guerra el conflicto con el imperio del Brasil; Chile aguardaba que pusiera el pie en Chiloe y asegurara al archipiélago; el Congreso de Panamá, liga de naciones, esperaba sus determinaciones últimas. De Venezuela le ofrecían la corona. Desde Pasto hasta la Paz se le ofrecía la diadema del imperio de los Andes. De Europa se le aconsejaba la gran Confederación de Estados, con él a la cabeza, para enfrentarse a los intentos de reconquista de la Santa Alianza. Al propio tiempo, él mismo había formulado en la Constitución boliviana su ideal político definitivo: una organización jerárquica y aristocrática, de jefe autocrático y vitalicio, que no podía ser sino él. Encariñado con su ensueño, y creyendo de buena fe que ello entrañaba la estabilidad y el bienestar de las naciones por él libertadas, despachó mensajeros a todas partes con la buena nueva de esa Constitución y con el encargo de hacerla aceptar. En tal estado estalla la rebeldía de Páez contra la Constitución de Cúcuta, vigente en la Gran Colombia, y contra el gobierno central de Bogotá,



pesidido por Santander. Este, no queriendo ensangrentar el suelo patrio, llama a Bolívar para que asuma la responsabilidad y dirima el conflicto. Si Bolívar acoge y prohija el concepto de Santander y de su gobierno y somete a Páez por la persuasión o por la fuerza, vuelve el régimen constitucional y legal de Cúcuta, vuelve la regularidad tranquila y se esfuman en los aires las fantásticas perspectivas de la Constitución boliviana y de la Confederación de los Andes. Al contrario, la revolución de Valencia bien aprovechada, crea una situación de hecho, que da pie para la realización del grandioso proyecto. Ante tal perspectiva, desde ese instante quedó resuelto en su ánimo el abrazo a Páez y el alejamiento de Santander. Puesto en práctica ese intento desde que puso pie en Guayaquil, a pesar de la vacilación momentánea que en Bogotá le produjo el ambiente austero y leal de la opinión pública y la clara y realista visión de Santander, el Libertador se encaminó a la catástrofe.

Su opinión íntima viene a saberse más tarde. Veámosla:

Bolívar escribía a Páez, desde Caracas, con fecha 20 de marzo de 1827:

“Confidencial para sí y no más. Los que se han creado en la esclavitud, como hemos sido todos los americanos, no sabemos vivir con simples leyes y bajo la autoridad de los principios liberales”.

Un poco más tarde, escribía a José Fernández Madrid, también desde Caracas, con fecha 26 de mayo de 1827:

“De Venezuela me ofrecían la corona; muchos pueblos querían federación: Guayaquil me la pidió; Santander pretendía sostener la Constitución. Entonces indiqué muy ‘ligeramente’ que transáramos las diferencias adoptando mis ideas políticas presentadas a Bolivia con las modificaciones que se juzgaran propias. En efecto, mi proyecto para Bolivia reúne la monarquía liberal con la república más libre, y por más que parezca erróneo y lo sea en realidad, yo no tengo la culpa en pensar de este modo; lo peor de todo es que mi error se obstina hasta imaginar que no somos capaces de mantener repúblicas, digo más, ni gobiernos constitucionales. La historia lo dirá.”

Con tales ideas regresó el Libertador del Perú a Colombia en el año de 1827, y para implantarlas aquí tuvo en mientes, desde el primer

momento, como auxiliares y prosélitos, a quienes desde el año anterior habían roto en Valencia el pacto constitucional colombiano.

En la robustez del pueblo venezolano, tan heroico como sufrido, tan valeroso como consciente, brotó a modo de absceso, maligno, incubado en la sombra, en el chisme y en el dicerio, por la deshonesto inspiración de don Miguel Peña, una facción política, fautora de esa revolución de Valencia, sacrilega y suicida, en apariencia contra el gobierno central presidido por el general Santander, en realidad contra la Gran Colombia, fuese Santander o Bolívar (como se comprobó luégo en 1830) quien presidiera desde Bogotá la grande y legendaria nación que conquistó y aseguró la Independencia hispanoamericana.

Esa ignara facción, sin principios y sin lógica, así le fue a ofrecer a Bolívar, en Lima y en 1825, la corona cesárea, y luego en 1828 sostuvo su dictadura, como le notificó más tarde en 1830 el más duro y humillante ostracismo, en nombre de la libertad de Venezuela. Esa inconsecuente facción se le entregó sumisa y temblorosa al Libertador prepotente en 1827, a reserva de insultarlo y escarnecerlo cuando en 1830 lo vió débil, enfermo, triste y decepcionado en busca de asilo. Error magno de Bolívar, de funestísimas consecuencias, al no aplastarlos como bichos ruines en 1827, al abrazarlos y reservarlos para futuros planes, contrariando así la Constitución y contrariando a Santander.

Esa facción anticolombiana quiso servirse de Bolívar para derribar a Santander, quien defendía como gobierno la unidad y la Constitución de la Gran Colombia, y alcanzado por la facción su objeto en 1828, concentró luégo todo su esfuerzo en derribar a Bolívar, quien vino a representar, como gobierno dictatorial, la unidad del Estado, y alcanzada también por la facción la desmembración de la república, le negó al Libertador el pan y la sal, lo desconoció y lo repudió.

Tal facción, que ambicionaba mandar ella sola en Venezuela, y en una Venezuela separada y desligada, era enemiga de la poderosa confederación y de todo poder central en Bogotá, fuera Santander con la Constitución o fuera Bolívar con la dictadura quien lo ejercía. Y por ello insultó y calumnió a Santander, y luégo insultó y calumnió a Bolívar.

El ya apuntado gravísimo error del Libertador, que él reconoció como tal más tarde, demasiado tarde por desventura, y supo

apreciarlo tan exactamente como nadie habría podido hacerlo, fue no solo reconocer beligerancia a esa facción insurrecta de Valencia, sino halagarla y abrazarla, con escándalo de todos los patriotas videntes de Venezuela y de Nueva Granada, fieles sostenedores de la propia obra de Bolívar. Al hacer tal cosa, el Libertador atacó mortalmente su propia obra, su propia gloria y su propia persona, como jamás lo hicieran sus peores enemigos.

Esa rebelión de Valencia la califico alguna vez de pecado original de nuestra historia, por su índole y sus consecuencias. Hoy debo agregar que es el punto neurálgico de nuestra vida nacional. Es necesario, pues, tocarlo con cautelosa serenidad.

Lo que perturbó la mente clarísima de Bolívar, en tal instante supremo y decisivo de su vida, fue que modificó su criterio político en el Perú y cristalizado en su Constitución boliviana, aristocrática y jerárquica; obsesionado su ánimo con el grandioso e irrealizable proyecto de la Confederación de los Andes, de presidente vitalicio; encontrándose con una Colombia democrática y legalista, presidida por Santander, francamente opuesta a los gobiernos personales y decididamente favorable a los gobiernos de opinión; no sabiendo a ciencia cierta a qué atenerse sobre la extensión y fuerza de esa opinión y quizá desconociendo la fortaleza y consecuencia del carácter de Santander, creyó que apoyado en su propio enorme prestigio personal y en la fuerza del ejército, podía aprovecharse de la situación de hecho creada por la revuelta de Valencia, para realizar desde el Poder una revolución que sustituiría la Constitución de Cúcuta por la Constitución boliviana, realizando así los proyectos que acariciaba desde Lima y que principiaron a desconcertarse ante la opinión colombiana y la actitud franca y decidida de Santander.

Mas se equivocó en sus cálculos, sin duda por su prolongada ausencia del país. La Opinión pública en la casi totalidad de la Nueva Granada y en gran parte de Venezuela y Ecuador, a pesar de la separación de Santander y de las facultades extraordinarias del Libertador, de la actitud bolivariana del ejército veterano y del elemento oficial, la opinión pública se pronunció favorablemente al concepto constitucional y legalista de Santander, lo que llevó a la Convención de Ocaña una considerable mayoría contraria al concepto boliviano. Todavía, a pesar de ello, persistió por los partidarios del Libertador en el equivocado camino que la nación no quería, y la disolución de la Convención de Ocaña y la proclamación de la dictadura los llevó a su pérdida.

Sobre el cómputo de la fuerza que le pudieran prestar los insurrectos de Valencia también se equivocó el Libertador. El creyó que esos hombres a quienes tendió mano generosa, y sobre todo Páez, a quien había hecho grande y glorioso, le serían fieles. Ignoraba el clarividente de otros tiempos, cuánta perfidia y cuánto engaño escondía esa agrupación tenebrosa, lista ya para la traición. Esos fueron los verdaderos enemigos de Bolívar, no Santander y sus amigos, que desde el principio y hasta el fin le estuvieron diciendo con noble franqueza: "Libertador; no se salga del sendero de la Constitución y de la ley y lo seguiremos hasta el sacrificio. Con nuestro Libertador todo irá bien; pero si ante el prestigio personal de Bolívar desaparecen la Constitución y la Ley, ¿qué vendrá luego? ¿Quién lo reemplazará? ¿Podemos aceptar el entronizamiento de gobiernos igualmente personales y arbitrarios, pero ejercidos por caudillos mediocres, y quizá perversos?".

Pero si la facción de Valencia o de Páez así se comportó con el Libertador, no es de extrañar su similar comportamiento con Santander. Contra éste acumuló los cargos grotescos y absurdos, pero no infecundos, de asesino, ladrón, avaro, envidioso, cruel, traidor, desleal. Lo único que no pudo decirle fue torpe e ignorante.

Al menos, las capacidades intelectuales de Santander nunca han sido discutidas. En efecto, fue poderosamente inteligente. Como cuenta O'Leary, el Libertador exaltando a Sucre y juntando en éste las condiciones características de otros, decía: "tiene el talento de Santander".

Atrás dejamos apuntado que el espíritu maligno de esa facción disociadora anticolombiana, fue el mal reputado don Miguel Peña. En efecto, así lo fue, y veamos quién era y cómo era ese sujeto, cuyas malas artes fueron tan fecundas en males para Colombia, para el Libertador y también para el general Santander.

El doctor Miguel Peña, abogado y político venezolano, de inteligencia muy sagaz, de pasiones muy fuertes y de grande habilidad para la intriga, desde temprano figuró como ardoroso defensor de la causa independiente y prestole eminentes servicios con mucha actividad y notable valor personal. Por desventura su moralidad fue de muy baja ley. Alcanzó a ser en Bogotá magistrado de la Alta Corte Suprema de Justicia. Ese tribunal hubo de dictar o confirmar en última instancia sentencia de muerte contra el coronel Leonardo Infante, hombre de raza de color, corajudo lancero en los escuadrones de la república,

que habiendo ganado sus galones por hechos hazañosos, nada contenía ya su arrogante soberbia de soldado sin instrucción y sin cultura. Sensual y vicioso, tornose en el terror de hogares y doncellas en el barrio de San Victorino de esta capital. Por cuestión de mujeres dio muerte violenta y alevosa a un infeliz, y convicto de ello fue condenado a la pena capital. El doctor Peña, por sentimiento de paisanaje, se opuso en la Corte a la confirmación de la sentencia, y por su mal carácter tomó una actitud agresiva contra sus colegas que conceptuaron diversamente. Entre éstos se contaba el doctor José Félix de Restrepo, dechado de jueces sabios, probos y firmes. Se resistió Peña, contra la ley, a firmar la sentencia acordada por los otros. Constituyendo tal resistencia un delito, la Cámara de Representantes lo acusó por ello ante el Senado. Este, por unanimidad de votos, entre ellos los votos de todos los Senadores venezolanos, condenó a Peña a suspensión del empleo por un año.

En todo esto nada tuvo que hacer Santander. Mas Peña, lleno de odio y de inquina contra la Nueva Granada y Santander, fuese a Valencia, el lugar de su nacimiento, a esperar la hora de su venganza. La creyó llegada cuando la vanidad inculca de Páez puso al soldado valiente y prestigioso a merced del astuto y letrado leguleyo. Entonces, como dice el historiador Restrepo, clavo el puñal en el corazón de su patria”.

Tal fue “la cosíata”, como en Venezuela llaman la rebelión de Valencia. Allí fue el nido de toda suerte de calumnias y dicerios acumulados sobre la personalidad de Santander. Allí se encuentra el depósito de todas las diatribas de entonces y de más tarde, que se sacan a relucir todavía contra Santander por los gacetilleros de antaño y hogaño.

Debo terminar con el doctor Peña. En Cartagena, de paso para Valencia, se hizo cargo de conducir a Venezuela una suma de dinero que el gobierno de Bogotá destinaba para esa sección, por mandato de la ley, en auxilio de la agricultura venezolana. Esa cantidad pasaba de \$300.000 en moneda de buena ley. Peña entregó en Caracas igual suma nominal en moneda feble, guardando para sí el premio que había obtenido en el cambio. Descubierto ese nuevo delito, fue materia de otra acusación ante el Senado, que le condenó a devolver esa diferencia. Tal fue la personalidad política y moral del principal creador y estimulador de la inquina facciosa contra la Nueva Granada y contra el general Santander.

Empero, tal facción venezolana era movida por intereses regionales, por ambiciones personales contrariadas, por inquina y rivalidad congenital. Mas una facción política granadina, de la propia tierra de Santander, entonces y más tarde prohió, hizo suyos todos los cargos contra Santander de la facción venezolana. ¿Por qué no haría lo mismo con los cargos subsiguientes contra Bolívar y de la misma fábrica?

Porque un partido político granadino se decía, con razón o sin ella, hijo y heredero de Santander, y el partido rival, buscando noble genealogía, se acogió a la paternidad de Bolívar, y sin comprender la verdadera significación de la divergencia política entre Bolívar y Santander, quiso demoler a éste con los cargos venezolanos, para desprestigiar a quienes se decían sus herederos e intérpretes.

Ya para el Libertador aparecía, según carta suya ya citada, como imposible que en la Nueva Granada pudiera anidarse la ingratitud, mucho menos la diatriba, contra su hombre más sustantivo. Mucho menos se hubiera podido prever que en el correr de los tiempos, allá mismo, en la Nueva Granada, tendencias partidaristas y pseudohistoriadores desorbitados llegasen a considerar como buena y justiciera política hacer causa común con los detractores de Venezuela. Esos mismos detractores que, una vez conseguido su objeto de desunir a los dos prohombres de la Independencia, contraponiéndolos el uno al otro, y una vez que así lograron debilitarlos, calumniaron y apartaron al uno y calumniaron e hicieron morir al otro. Esa oligarquía parroquial de Venezuela fue la fautora de todos los males colombianos.

Pues los pseudohistoriadores y panfletarios de las facciones venezolana y granadina antisantanderistas, herederos intelectuales y morales de don Miguel Peña, con actividad de facciosos, son quienes han creado en la América latina una fisonomía falsa y deforme del primero de los hombres de Estado de la vieja Nueva Granada y de la actual Colombia.

\* \* \*

No haber expuesto y considerado así, conforme a la sencilla realidad, tales problemas históricos y políticos, es la causa de los embarazos y contradicciones que en análisis de ideas y de hechos han experimentado algunos historiadores y políticos de la vieja y de la nueva Colombia, y también algunos extranjeros. Veamos una contradicción

curiosa, de buena fe, de un extranjero, amigo y servidor de Bolívar, quien viene a probar palmariamente la exactitud de los conceptos capitales que llevo expuestos.

Belford H. Wilson, el distinguido edecán inglés del Libertador, su leal y fanático servidor y amigo, hijo de Sir Robert Wilson, notable e influyente estadista de Inglaterra, y también decidido partidario de Bolívar, con quien mantuvieron, uno y otro, interesante correspondencia, le dice en carta fechada en Londres el 10. de julio de 1829:

“Todo el mundo en Europa (no exceptuando la Rusia, según me dice el coronel Watts) desea ver establecidos en América gobiernos constitucionales, porque ‘temen que lo que dependa de uno solo perezca con él’, palabras que me dijo Lord Aberdeen... Todos convienen que Colombia existe por vuestra excelencia; pero quieren que esa existencia se garantice en lo futuro cuando vuestra excelencia falte.”

Ese mismo Wilson, que tan de acuerdo se halla, quizá sin saberlo, con las ideas y propósitos de Santander, en otras cartas manifiesta su deseo de que fusilen al Hombre de las Leyes por demagogo y complicado en el crimen del 25 de septiembre.

Que los que amaban y rodeaban al Libertador en esos días oscuros, mostráranse ilógicos y cegados por el drama pasional, se explica y se excusa; pero igual obcecado criterio muestran después de un siglo pseudohistoriadores de allende y aquende el Táchira.

La divergencia política entre Bolívar y Santander fue considerada en Europa en un plano más elevado que el regional y personal en que fue colocada en estos países. Allá la causa política de Bolívar fue prohijada por el abate De Pradt, arzobispo de Malinas (pero en muy malos términos con la Santa Sede) y viejo zorro diplomático que sirvió a Napoleón. La causa de Santander fue defendida por Benjamín Constant una de las inteligencias políticas más finas y penetrantes de la Restauración y gran tratadista de Derecho Constitucional. La polémica entre ambos es muy interesante, pero para juzgarla desde el punto de vista de la autoridad e independencia de criterio de los contendores, es preciso saber que por los archivos del Libertador ha venido a saberse que el abate De Pradt era pagado por Bolívar, quien le servía una pensión, que aquél regateaba y cobraba con exigencias. En cambio, la campaña de Constant era desinteresadamente doctrinaria. Sobre benjamín Constant, su persona y sus obras,

todavía se escriben libros interesantes. El abate De Pradt no figura siquiera en la Enciclopedia Británica. Chateaubriand, en sus Memorias de Ultratumba, lo califica de paso despectivamente como saltimbanqui mitrado. Bolívar mismo bien se dio cuenta de que las defensas mercenarias de ese obispo irregular eran bastante deficientes, pues en carta a su confidente Fernández Madrid (16 de agosto 1829), creyendo erradamente que De Pradt había muerto, dice: "el pobre abate sabía alabarme pero no defenderme".

Cuando se abrieron para Santander las poternas del Castillo de Bocachica, en cuyos calabozos había perdurado en cadenas durante muchos meses, porque hubo miedo de ejecutar en él la inicua sentencia de muerte que dictó un consejo de guerra ad-hoc, compuesto de un su enemigo y bajo la presión de una dictadura vindicativa, a pesar de llegar a Europa proscrito y degradado, el mundo civilizado le reindió pleito homenaje. Son de recordarse los agasajos como a príncipe con que lo recibieron las ciudades libres y hanseáticas de Alemania, las atenciones de las Cortes, en especial la de Luis Felipe, rey de los franceses, y el cordial acogimiento de personalidades como Lafayette, Chateaubriand, Sismondi, Benjamín Constant, princesa de Salm, conde de Sainte-Aulaire, Barón de Ternaux, el obispo Gregoire, Arago, Brogniard, David D'Angers, Destut de Tracy, Bentham, Canning, Rothschild y otros tantos. Entonces era cuando Santander imponía por su prestancia, según dicho del príncipe Pedro Bonaparte.

Por ahí refiere Ricardo Becerra, cítole de memoria, que el Libertador, paseándose en su quinta de Bogotá y bromeando con su propia figura, decía a sus acompañantes:

"Quieren o pretenden que yo me haga monarca. ¿Qué clase de rey haría yo con esta figurita esquelética y canija? Si al menos tuviera la presencia de Santander."

Y hasta esa elegante apostura de que yo mismo alcancé a oír de personas que lo conocieron y de que dan testimonio viajeros europeos, la niegan gentes de reciente data. Don Carlos Villanueva, escritor venezolano, dice por ahí que Santander era bajo, gordo y rechoncho, y que por eso lo llamaban "Trabuco". Este apodo, señor Villanueva, no era grotesco, era siniestro. Así lo apodaron sus enemigos para decirle bandolero y asesino. ¡Cómo han llegado a desautorizar su propia inquina, con tan menudas ruindades, esos roedores de la efigie de Santander!



Las manifestaciones de consideración y respeto que recibió en Europa eran rendidas a la persona de Francisco De paula Santander, no participaban del protocolo, pues para entonces ninguna posición oficial podía tener un desterrado, cuyos bienes estaban bajo embargo. Más aún, tales atenciones, cuando eran ofrenda de los gobiernos, exponían a éstos el desagrado y mala voluntad del gobierno de Colombia, presidido por el Libertador, cuyo prestigio era universal. Esto hace ver el concepto que Santander le merecía al mundo europeo, pues la solemne recepción que se le hizo más tarde en los Estados Unidos, ya electo casi por unanimidad primer presidente de la Nueva Granada, podía ser atribuida a pesar de la especial magnificencia de tal recibimiento, a simple cortesía internacional.

Es triste recordar que el Libertador se faltó a sí mismo cuando en carta a O'Leary, de 17 de agosto de 1829, dijo:

“Me impongo de la carta de usted del 7 de julio adicionada el 8, con la noticia de la libertad de Santander. Ahora crecerán en superlativo grado las detracciones, las calumnias y todas las furias contra mí. ¡Qué no escribirá ese monstruo y su comparsa en el norte, en Europa y en todas partes! Me parece que veo ya desatarse todo el infierno en abominaciones contra mí. Sólo me consuela la esperanza de que usted y Wilson hagan frente y me defiendan. Conciliando esto con los intereses de Colombia, le he destinado a usted de ministro a los Estados Unidos, donde seguramente procurarán despedazarme más mis enemigos, y donde debo necesitar más quien me defienda.”

Santander, sin saber esto, tan solo por aquél su decoro que lo acompañó toda la vida, guardó ante propios y extraños una circunspección ejemplar. No quiso hacer uso de los diarios europeos para su propia y personal defensa, ni para atacar allá, directa o indirectamente, la persona o la política del Libertador. Sólo dos artículos publicó y en pro de Colombia, para contrarrestar la opinión allá reinante de que éramos impropios para gobernarnos y para fundar regímenes estables. En el primero dio cuenta de los progresos de Colombia bajo el régimen constitucional. En el segundo, hizo fría y discreta relación de cómo y por qué había salido Colombia transitoriamente de ese régimen constitucional y legal.

No existe en su diario de entonces, de su puño y letra, aún inédito, que he recorrido cuidadosamente, una sola palabra contra Bolívar y su gobierno. Reprendió severamente a sus criados por haber proferi-

do palabras irreverentes contra el Libertador, con ocasión de la muerte de éste.

Es de admirar en su correspondencia, aun la más íntima con sus amigos y copartidarios, con quienes no debía guardar reservas ni precauciones, la alteza de su pensamiento y de su lenguaje.

En carta fechada en Hamburgo, el 12 de noviembre de 1829, dirigida a don Juan Manuel Arrubla, su apoderado y agente, uno de sus íntimos, uno de sus "cómplices", dice Santander:

"Felizmente ya no tengo necesidad de publicar ningún género de manifiesto para justificarme... Mi moderación ha contribuido mucho a que se forme de mí un buen concepto: todavía no me he permitido la menor expresión ofensiva al general Bolívar, no obstante que no hay tertulia donde no se me toque la tecla... ¡Cuánto me duele oír hablar contra la gloria de Bolívar!"

En carta fechada en Hamburgo, el 7 de agosto de 1830, para el más íntimo de sus amigos, el más adicto de sus copartidarios, el doctor Francisco Soto, le dice Santander:

"No puedo acordarme de Castillo y de los malvados que ayudaron a privarnos de nuestras leyes y garantías, sin indignarme. Bolívar es más digno de perdón porque al fin había hecho mucho por la independencia y es capaz de hacer todavía."

Santander le decía a Bolívar en comunicación fechada en París el 13 de abril de 1830:

"Un silencio profundo que he estimado conveniente al restablecimiento de la paz interior en mi patria, la República de Colombia, es cuanto hasta ahora he opuesto a las violentas e injustas persecuciones que he padecido y padezco en odio de mi oposición franca y legal a la elevación de un poder absoluto sobre las ruinas de nuestra Constitución."

Y tanta discreción y tal lenguaje no eran afectados para el público, pues esa correspondencia íntima estuvo guardada y desconocida durante un siglo, siglo durante el cual se quiso empañar esa noble memoria.

En el Viejo Mundo y en la América del Norte no pudo ser deformada la figura de Santander. En la América latina no es desconocida, pero

sí mal conocida. Han querido y logrado, ante los extraños, velar y hasta deformar esa figura procera, dos sentimientos nacidos en la pugna terrible del alumbramiento nacional y luego transmitidos por tradición y herencia pasionales, a saber: el odio regional de pueblos vecinos a cuya libertad y primera organización contribuyó Santander como el que más; y la extraviada aversión política de algunos de sus compatriotas, haciendo causa común e insensata con aquel odio. Antipatriótica incompreensión de los últimos, interesada y calculada actitud de los primeros.

Tal la obra anticolombiana de vituperio, emprendida desde temprano ante el Continente por facciones políticas venezolanas y granadinas, carentes del sentido y de la perspectiva históricos, sin más lógica que la de sus pasiones e intereses del momento y sin mínimo concepto de justicia distributiva, contra la persona y la obra del general Santander, el realizador, el guerrero legalista, el enérgico organizador de la victoria y de la patria.

Tal obra de desconocimiento y de ingratitud no fue obra de las dos naciones: fue obra tan sólo de sectarios extraviados.

Ingrata su patria no, porque una vez que la ya franca dictadura bolivariana, surgida de la premeditada disolución de la Convención de Ocaña determinó y apresuró la disolución de la Gran Colombia, y hundido en el mar de Santa Marta el sol del Libertador de América, la predilecto y lo colocó unánime a la cabeza de sus destinos. Y al morir sería y severa Nueva Granada llamó cariñosa del destierro a su hijo el prócer en 1840, la Iglesia colombiana y la nación entera se enlutaron en duelo profundo y filial.

\* \* \*

En diversas misiones que me tocó en suerte llevar a cabo en países hermanos de la América del Sur, pude observar con honda pena cómo no impunemente pudieron adelantarse entre nosotros, por intereses regionales o pasiones banderizas, campañas de detracción antinacionales y en desprestigio del país, contra figuras colombianas, las más sustantivas, de talla heroica y máximo valor, no sólo en nuestra propia historia sino en la historia americana.

A dondequiera que fui, en los medios ilustrados, curiosos o preocupados de la sociología y de la historia americana, tropecé con el concepto propagado por aquellas tendencias interesadas en desvirtuar y desteñir la significación del general Santander: Santander, sí,

un adocenado caudillo tropical, un opaco y pretensioso émulo del Libertador; un mandón cruel, fusilador de prisioneros; un arbitrista aprovechado de los dineros del Estado; un inspirador y cómplice de intentos parricidas contra la vida de Bolívar.

En dondequiera que me detuve, por orgullo y amor de colombiano, por respeto a la verdad y a la justicia, por reacción enérgica de mi espíritu contra tan monstruosa y miserable empresa de calumnias y difamación, hube de laborar serenamente, imparcialmente, en forma fría y documentada, en el sentido de rectificar, de destruir tan mentiroso engendro, colocando siempre a Santander en su puesto de eficaz cooperador del Libertador.

A principios de 1926, en Santiago, en el paraninfo de la ilustre Universidad de Chile, presentado al concurso oficial y social, diplomático y universitario, por un nieto de don Andrés Bello, don Ricardo Montaner Bello, ilustre profesor de Derecho Internacional, hube de hacer una conferencia en que ensayé un paralelo entre el general Santander y el gran Portales, organizador de Chile. Ello dio pie a largas conversaciones con mi respetabilísimo amigo don Gonzalo Bulnes, quien con Barros Arana constituyó la pareja más eminente entre los grandes historiadores chilenos. Bulnes conocía ya mis opacos escritos sobre el Hombre de las Leyes, y en esos días estudiaba algunos tomos del Archivo Santander. Hubo de manifestarme que siempre había tenido un alto concepto sobre esa personalidad, tan destacada en América; pero que cada día, a la luz de nuevos documentos, crecía en su ánimo el tamaño de ese estadista de eminentísima talla, y que si la vida le duraba para hacer una segunda edición de su libro *Ultimas Campañas Libertadoras del Perú*, haría resaltar aún más la importancia de Santander en la independencia de América.

En otra de mis estancias en Chile, en el club de señoras de Santiago, por invitación especial, 7 de junio de 1934, hice una conferencia sobre el *Crepúsculo del Libertador*. Entre la muy numerosa concurrencia debo recordar al notable historiador don Augusto Iglesias, quien más tarde, julio de 1936, hallándome yo lejos de Chile, se refirió a tal conferencia con sobra de amabilidad, en su magnífico artículo publicado en la revista *Zig-Zag* y titulado *La Significación americana del general Santander*, que sin duda habrá fijado la opinión chilena sobre el más trascendental de nuestros prohombres.

Pero a esa misma conferencia mía asistió un distinguido diplomático venezolano, hoy por ventura en Bogotá, don Alberto Posse Rivas,

cuya reiterada felicitación me ha complacido siempre infinitamente, pues ello demuestra que allá, y en esa ocasión, supe rendir el justiciero homenaje al Libertador incomparable y a su heroica tierra venezolana.

También estuvo presente en hora tan señalada para mí, el más alto de los poetas peruanos y uno de los más altos de la América Latina: José Santos Chocano. Mientras yo hablaba atrájome invenciblemente con su mirada de sostenida y simpática atención, y llegué a imaginarme que sólo para él hablaba. Luego en la prensa chilena y argentina unguíome con su elegante e incisiva prosa, reconociendo que al hacer el panegírico rico de Bolívar y el elogio de Santander, me había mantenido en la más estricta y justiciera verdad histórica.

Y sobre los fundamentos de tal juicio imparcial sobre esa pareja incomparable, me favoreció recientemente con sus conceptos otro peruano perillustre, don Víctor Andrés Belaunde, en nuestro Teatro de Colón.

El ilustre gobierno argentino, por conducto de su ministro Colombres, en nota que hube de leer al pie de la estatua de Santander, el día del homenaje sanmartiniano, solicitó de mí algunos datos iconográficos para erigir una estatua de Santander en una plaza de Buenos Aires.

En Río de Janeiro, en la escuela de niños y niñas que el gobierno del Brasil puso bajo mi patrocinio, con el nombre de Escuela Colombia, más de mil niños entonaban nuestro himno nacional a la sombra de nuestra bandera. Allá tienen, en profusa edición, bajo el título *Colombia en el Brasil*, un opúsculo en español y portugués, adornado con bellas reproducciones de los medallones de Bolívar y Santander, hechos para la posteridad por el maravilloso David D'Angers. En tal opúsculo quise que esos niños brasileños aprendieran a amar a la par esos dos nombres y allí encontrarán una imagen sintética del país hermano cuyo armonioso nombre lleva esa escuela de ellos.

La simpática revista fluminense *Columbia*, dirigida por Cristóbal de Camargo, me abrió sus columnas para rendir en fecha señalada sendos homenajes a Bolívar y Santander.

En el Club Militar y Naval de Río de Janeiro, por invitación expresa, en presencia de escogido concurso y del ministro de Venezuela, pude hacer el panegírico sincero del Libertador y del Hombre de las Leyes, en la exacta y justiciera proporción de su figuras excelsas.

Al benemérito en América "Instituto de Historia y Geografía del Brasil", le hice obsequio del "Archivo Santander", a lo cual me respondió con elocuente nota que conservo, haciendo pleno reconocimiento de Santander como una de las más sustantivas personalidades históricas de la América.

Todo ello, y conversaciones frecuentes de tertulia y sobremesa, fueron causa de que Ronaldo de Carvalho, alto empleado del palacio de Itamaraty, fuera a la legación de Colombia, en nombre del canciller Mangabeira, en solicitud de datos iconográficos de Santander, para erigirle un busto de bronce en la galería de ese palacio histórico.

Quién podría imaginarse que fuera allá en el Brasil y por escritores brasileños, donde primero se hiciera mérito de que fue Santander, desde la lejanía de Bogotá, con ojo firme y certero, quien se opuso a la loca aventura, y le cerró el paso, de intervenir con las armas en la querrela de la Argentina con el Brasil, a cuya intervención incitaban no sólo la invitación argentina al Libertador Bolívar, sino también la embriaguez y el orgullo de las grandes victorias coronadas en Ayacucho y un desbocado anhelo de mayores grandezas. Esa nueva empresa, que parecía incontenible, habría incendiado toda la América, habría sembrado odio perdurable en una porción del mundo destinado a la fraternidad, habría agotado los recursos de las naciones incipientes y flamantes que apenas acababan de conseguir su independencia, habría esterilizado el esfuerzo colosal de la Gran Colombia, habría provocado la hostilidad de Inglaterra y de los Estados Unidos y la infalible intervención de la Santa Alianza, en ayuda de la única monarquía americana. Sobre todo ello existen documentos fehacientes y se preparan estudios definitivos. Esto sólo bastaría para hacer de Santander una gran figura continental.

El doctor Lindolfo Collor, prominente político e internacionalista del Brasil, en trascendental conferencia suya en Buenos Aires, el 1º de octubre de 1926, en demostración de la solidaridad americana, justificó plenamente mi afirmación de que en cierto momento de principios del siglo pasado, en la América Latina, predominó la tendencia monarquista. Para entonces, fuera de que el Brasil se hallaba sólidamente constituido como imperio, en la Argentina sostenían francamente las tendencias y proyectos monárquicos Pueyrredón, Belgrano, San Martín y Rivadavia, es decir, los dominadores.

En algunos de esos proyectos intervino, aunque solo fugazmente, O'Higgins en Chile; pero su ideal de gobierno fue siempre el dictatorial.

En el Perú, fuera de los desertores de la causa de la independencia, los marqueses de Torre-Tagle y de Riva Agüero, tanto Pando como Gamarra, le ofrecieron la corona a Bolívar.

En el Ecuador, con Juan José Flores, la mayoría de sus políticos y militares se pronunciaron por la tendencia monárquica, y a falta de eso, por el gobierno personal.

En Venezuela, Páez, Peña, Carabaño, Guzmán, Ibarra, Montilla y muchos otros, con insistencia, en 1825 y en 1829, trabajaron por la coronación de Bolívar, para después repudiarlo.

Y en esta Nueva Granada, los bolivarianos Urdaneta, Castillo y Rada, Vergara, Tanco, García del Río, Mosquera (Tomás Cipriano), Herrán (Pedro Alcántara) y el venturero Irisarri, se comprometieron todos en proyectos e intrigas en favor de la monarquía.

De tal modo que sólo Santander, con el grupo excelso de neogranadinos civiles (que más tarde fueron liberales y conservadores), y algunos hombres de guerra, Córdoba, Padilla, López, Obando (más que militares, paladines del orden legal), se irguió solo en América, con fe firme, indómita e irreducible en la república, desafiando el embate al parecer invencible de pasiones y de intereses, considerando que sólo para fundar la república, y con ella la libertad, se había luchado durante veinte años, que sólo para ello se había cubierto de sangre de hombres el Continente Virgen, y no para fundar monarquías de opereta, sin raigambre, efímeras, inadaptables, rechazadas por el ambiente.

Qué triste espectáculo hubiera sido el simulacro, la parodia en América de lo que ya se caía a pedazos en el Viejo Mundo. Que Santander y sus amigos fueron clarividentes y estaban en lo cierto y en lo justo, lo ha demostrado un siglo de vida americana, con convulsiones y vicisitudes, pero con afirmación cada día más perentoria de la vida republicana y democrática. La única monarquía americana que había aparecido espontánea y que parecía tener fundamentos en el alma del país, fue el imperio del Brasil, que sin embargo, antes de cumplir un siglo, una mañana amaneció república, como anuncio del derrumbe que dos décadas después debía

contemplar el mundo de los poderosos imperios, de las añejas monarquías del Viejo Continente.

Más claro, pues, vieron Santander y sus amigos que el genial y sublime Libertador, a quien las brisas aristocráticas de Lima habían perturbado.

Esta cansada enumeración de las rectificaciones que se han ido consiguiendo en el concepto americano sobre la persona y la obra de Santander, no ha sido hecha con propósito alguno de vanagloria personal. La reivindicación de esa figura la ha hecho la figura misma, tal es su propia virtualidad y su propia eficiencia. A los centros engañados les ha bastado la simple y sencilla exhibición de hechos ciertos, evidentes, comprobados y documentados, sin polémica y sin necesidad de atacar y denigrar una figuras para enaltecer otras; les ha bastado eso para que la efigie sólida y firme de Santander aparezca nítida, sin velos de falsía y sin disfraces aberrantes.

Nada más fácil, nada más simple; mis modestas labores en tal sentido no exigieron esfuerzo ni revisten mérito. Mi buena suerte y el servicio de Colombia en otras actividades, me llevaron adonde esas rectificaciones eran necesarias y convenientes.

Pero siento placer en relatarlas para que tardíos gacetilleros, ignorantes de la historia y ayunos de todo sentimiento nacionalista, en sus eructos de alfalfa, se sientan a sí mismos como míseros canes, rezagados de la caravana, ladrando en el desierto. Apenas hará cosa de uno o dos meses que uno de aquellos anónimos, en un diario matinal de Bogotá (*proh pudor!*), llamaba "sargentón" a Santander. A ese tal, Antonio José Restrepo le habría dicho en puro lenguaje antioqueño: "qué maluco será no tener talento".

\* \* \*

Pero si fuera de lo que fue la Gran Colombia, se ha logrado desagaviar la memoria de Santander, también allí por obra del tiempo y de la justicia inmanente de las cosas ha comenzado ya la tardía pero inevitable reparación.

En Venezuela principió Gil Fortoul, en su apreciable obra *Historia Constitucional de Venezuela*, a reaccionar contra la fanática incomprensión de Baralt y Larrazábal de la persona y obra de Santander.



Eloy G. González, con mucho talento, en su libro *Dentro de la Cosiata*, califica como lo merecen a los criminales revolucionarios de Valencia y hace resaltar la visión clara de Santander y su política firme, prudente, sagaz, de un verdadero hombre de Estado, en tal momento, el más grave y delicado para los destinos de Colombia.

Por último, Vicente Dávila, con su acuciosa y exacta información, con su ágil y comprensivo entendimiento y su noble independencia de criterio, comienza a hacer justicia al Hombre de las Leyes.

Aquí mismo, en esta Colombia, en el partido político que se ha caracterizado como antisantanderista y que busca tradiciones bolivarianas, a pesar de que sus verdaderos fundadores, José Ignacio de Márquez, Rufino Cuervo, Alejandro Vélez, Mariano Ospina Rodríguez (conspirador nunca arrepentido del 25 de septiembre) y muchos otros, comulgaron con Santander en su lucha antidictatorial, y si tal partido vino a prohijar más tarde las primitivas tesis antigranadinas venezolanas, en su seno se va acentuando la inteligente reacción en pro de nuestra figura nacional. Viejos conservadores que alcanzaron a conocer personalmente a Santander mantuvieron siempre para su memoria un sentimiento de respeto.

Don Angel y don Rufino J. Cuervo, en el sustancioso libro que dedicaron a la vida de su padre, aquél doctor Rufino Cuervo, uno de los enumerados fundadores del partido conservador, y en un capítulo memorable, comenzaron como conservadores a rendir culto a la memoria de Santander. Y más tarde, figuras ilustres de conservadores como Carlos Martínez Silva, Jorge Holguín, el canónigo Sucre, etc., rompieron lanzas gallardamente en defensa de tan cara y sustantiva memoria. Luego Marco Fidel Suárez, en jugosos párrafos de su castiza pluma, hizo rectificaciones necesarias para el juzgamiento del magistrado granadino.

Las nuevas generaciones conservadoras se detienen reflexivas ante su estatua y meditan en justicieras y colombianas rectificaciones. Un talentoso joven de la Academia de Historia, de extracción e ideas conservadoras, el doctor Manuel J. Forero, dio a la estampa un volumen titulado *Santander*, que ya lleva repetida su edición y del cual ya dije, en otra parte, cuanto juzgué conveniente decir sobre un trabajo de justicia y revaluación histórica.

El doctor Emilio Robledo, de la más pura cepa conservadora, mente privilegiada de sabio, temperamento equilibrado y nobilísimo carác-

ter, sucesor de Manuel Uribe Angel en el ambiente intelectual y moral de Antioquia, hace cuatro años, en carta publicada en la revista de nuestra Academia Nacional de Historia (abril 1933) hace una síntesis rigurosamente histórica y de alta inspiración patriótica de la significación de Santander en la vida colombiana. Apenas reproduzco unas líneas: "Santander nos enseñó el abecedario de la legalidad, y, amamantando a los pechos del más puro republicanismo, no trepidó nunca en el cumplimiento de sus deberes ni perdió el contacto con la realidad democrática. Escritores colombianos hoy, empero, se han dado a la ingrata y destructora tarea de no dejar quién nos represente con decoro en la gran familia libertadora. Tratar de desconocer el derecho a ocupar el primer puesto entre los grandes hombres colombianos a Francisco de Paula Santander... A pesar y despecho de todo, la figura egregia de Santander se irá aumentando con el correr de las edades a los ojos de propios y extraños; el Hombre de las Leyes será el símbolo de nuestra nacionalidad".

El doctor Silvio Villegas, joven personalidad que se ha impuesto en el campo político conservador, por su inteligencia singularmente penetrante, su ilustración fuera de lo común y su independencia de pensamiento y de palabra, dijo en un artículo titulado "En segundo debate", publicado en *El Nuevo Tiempo* (10 de diciembre de 1930): "Al general Francisco de Paula Santander se le debe nuestro dibujo civil y se le puede llamar *el Padre de la República*, de la propia manera que al Libertador se le ha llamado *el Padre de la Patria*".

Viene aquí al recuerdo la estrofa de Juan Ignacio Gálvez:

Hoy que de Santander se alza la figura  
Marcial y arrogante, tenaz e indomable.  
Con la toga puesta sobre la armadura,  
Poniendo las leyes encima del sable.

La índole y el alcance de este escrito me dispensan de citar los nombres de los colombianos que siempre han comulgado con Santander en ideales y principios políticos y que siempre rindieron culto a su excelsa memoria.

A espíritus de nuestro país, quizá bien intencionados pero candorosos, talvez un poco preocupados, se les ha ocurrido sobreponer a la figura de Santander las figuras de otros granadinos ilustres; pero a los hombres de la historia no se les puede juzgar sino por lo que hicieron, por lo que llevaron a cabo, por realizaciones visibles, no por

valores latentes ni por potencialidades ocultas que el historiador suponga en ellos y que se quedaron en el limbo de lo posible o de lo probable, de lo precario o de lo contingente.

\* \* \*

Siempre he creído que después del Libertador, las dos personalidades más sustantivas y de obra más trascendental en nuestra independencia, fueron Santander y Sucre. Así lo creyó Bolívar, y sin duda por haberlo dicho él, lo creo yo. Uno de los amores de mi espíritu es Sucre, quien, entre todos los guerreros de la Independencia y sobre todas sus otras raras cualidades, es el más noble carácter que haya mostrado la América Latina. Sucre, después de Pichincha, se elevó al pináculo de la gloria en Ayacucho. Ganar una batalla es una cosa muy trascendente, y si esa batalla es decisiva en la lucha por la independencia de un continente entero, el haberla ganado fundamenta un alto y sólido pedestal de gloria. Pero al ganar una batalla es un azar de pocas horas; en ello, lo imprevisible, lo imponderable, lo inconsciente, es factor las más de las veces decisivo y determinante. Lo fortuito supera y domina lo calculable.

En cambio, una obra política de creación, de organización, de previsión y vigilancia, que se desarrolla segura, lenta, constante, exigente de las más altas dotes de inteligencia y de carácter, de fortaleza y elasticidad, viene a ser menos fulgurante, menos estruendosa, menos romántica, pero quizá más personal y más voluntaria. Eso constituye la gloria de Santander.

Al meditar en Santander y Sucre, vienen a la mente Cavour y Foch. Estos son otros dos exponentes de actividades similares: si el último ganó para Francia y sus aliados la Gran Guerra, el primero formó y organizó una patria.

Bolívar fue el genio, el numen de la independencia americana, figura de relieve en la Historia Universal a la par de los más grandes. Los pueblos que libertó en el Nuevo Mundo y el mundo entero lo apellidaron por antonomasia, desde hace más de un siglo y a él sólo, el Libertador.

Santander fue genuina y efectivamente un estadista, y un estadista colombiano, el primero allí, en el tiempo, en la categoría y en la influencia, y el más alto por su firmeza republicana, por su fe en la democracia, por su confianza en las instituciones libres, por su culto

a la ley. En ese sólido estricto carácter de estadista colombiano, de organizador nacional, fúndase su grandeza.

Bolívar, Santander y Sucre forman la trinidad gloriosa e incomparable, artífice de la independencia y libertad de seis naciones de la América del Sur, asegurando al propio tiempo en Ayacucho la independencia y libertad de la parte de América libertada por San Martín y de Centroamérica y de Méjico.

La sagacidad clarividente del Libertador alcanzó a ver en el porvenir esas dos glorias asociadas a la suya, y por ello escribió a Santander desde Lima en 9 de febrero de 1825:

“Supongo a usted muy ocupado con su Congreso; quiera Dios que salga de él como de los otros. Cuanto más considero el gobierno de usted tanto más me confirmo en la idea que usted es el héroe de la administración americana. Es un prodigio que un gobierno flamante sea eminentemente libre, y eminentemente correcto, y eminentemente fuerte. Es un gigante que marcha al nacer, combate y triunfa. Este gigante es usted. Es una gloria que dos de mis amigos y segundos hayan salido dos prodigios de entre las manos. La gloria de usted y la de Sucre son inmensas. Si yo conociese la envidia las envidiaría. Yo soy el hombre de las dificultades, usted el hombre de las leyes y Sucre el hombre de la guerra. Creo que cada uno debe estar contento con su dote y Colombia con los tres...”.

Tal concepto lo dio Bolívar en el pináculo de su vida y de su gloria, ante sus dos maravillosos colaboradores. Cinco años después, un mes justo antes de su muerte, en carta para el general Rafael Urdaneta, cuando ya todo había pasado para él, dijo: “El no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos”.

Tales son los juicios definitivos de Bolívar sobre Santander. Osado será quien atente contra ellos.